

vidores. Un Orange siguió á Carlos el Temerario en sus empresas inciertas como las órbitas incalculables de los errantes cometas; un Orange sirvió á Maximiliano y á Carlos V con servil fidelidad é influyó en la eleccion imperial del último; un Orange murió á los piés del Emperador en Saint-Disie, dejando sus títulos á un niño de trece años llamado Guillermo IX, descendiente de casas soberanas, las cuales tenian raíces al mismo tiempo en Francia, en Alemania y en Holanda. Este Guillermo de Nassau fué llamado el Rico. Y como dice Motley en su brillante historia de la Revolucion holandesa, tan solo en hijos lo era, pues tuvo en su mujer Julia de Stolberg cinco varones y siete hembras. Esta Julia, madre del héroe de la Revolucion y de la Reforma, poseia las mas bellas, las mas tiernas, las mas propias, las mas naturales virtudes y afectos de su sexo: la fe sincera, la caridad fecunda, la devocion sin gazmoñería, el amor á sus hijos sin ceguera, la sencillez sin humillacion, los dones propios para educar á una familia heroica sellada desde la cuna con el sello resplandeciente de grandes y maravillosos destinos. Paje del Emperador su hijo Guillermo á los once años, habíales sorbido el seso con sus varias gracias y su precoz inteligencia. Carlos V se pasaba las horas muertas, cuando apenas contaba Guillermo quince años, hablando con aquel niño, en cuya conversacion sabrosa entreveía el Emperador con sus naturales previsiones algo de bien extraordinario y extraño. Así comenzó la brillante y larga carrera de este hombre á todas luces extraordinario.

Veintisiete años tenia Guillermo al partirse Felipe II para España, y ya era viudo de Ana, hija del célebre conde Burel, quien le habia dado en ocho años de matrimonio dos hijos y una gran riqueza. En este período crítico de su vida no mostró ni las vocaciones que mas tarde habian de llamarle al combate con tanta fuerza, ni las cualidades sobresalientes que solo aguzan la ocasion y el peligro. Ninguna inclinacion se notaba en él á las nuevas creencias. Hombre de guerra y de Estado, los problemas religiosos y morales del siglo, los movimientos y fases de las nuevas ideas, si atraian su curiosidad hasta fijar su atencion, de ningun modo le acaloraban ni el sentimiento ni la inteligencia. Sintió afectos de compasion y de caridad hácia los perseguidos, hácia los acosados, hácia las víctimas de los edictos, hácia los heridos y devorados por la Inquisicion, pero sintiendo sus penas por humanidad y por

patriotismo, no compartia en modo alguno sus creencias. Rutinariamente, ya lo hemos dicho, seguia las ideas del Catolicismo, y observaba sus prácticas. Los Países Bajos, como los pueblos enriquecidos por el comercio, dábanse á toda clase de placeres y fiestas, dispendiando el dinero con la misma facilidad que lo allegaban. Las clases mercantiles eclipsaban muchas veces en lujo á las clases aristocráticas, y tenian éstas que arruinarse para no desdecir ni decaer de su rango por la comparacion natural con los dispendios y las magnificencias comerciales. Guillermo de Orange, como príncipe y como ciudadano, debia seguir las costumbres generales de su pueblo y de su tiempo. El primero en los banquetes continuos, el mas apuesto y gentil en los bailes de máscaras, diestro en los torneos y en las cacerías incansable, á los dispendios y placeres usuales en aquella sociedad unia los impuestos por su posicion excepcional, que le obligaban á mesa puesta constantemente, mesa muy regalada y sostenida por un ejército de cocineros; á servidumbre numerosa, en la cual, solo de gentiles-hombres contaba veinticuatro, y de pajes diez y ocho; á fiestas, en que se apuraban todos los humanos regocijos; y á comidas babilónicas, á que todas las clases, todas, eran convidadas. Así, Guillermo de Orange, con su palacio siempre abierto á la hospitalidad, con su mesa puesta siempre, con su legion de cocineros que formaban como una escuela culinaria en Europa, con su costosísima servidumbre, con su ejército de halconeros, con su muchedumbre de convidados, tenia muchas deudas y estaba en materias económicas, cual suele decirse, con agua siempre al cuello.

Sus deudas subian á novecientos mil florines, y dimanaban realmente, no solo de sus larguezas y prodigalidades, sino de los altos cargos que habia desempeñado y de los muchos honores que habia recibido. Compañero de Carlos V y Felipe II, como cortesano que tenia corte; comandante de las tropas fronterizas en las recientes guerras y obligado á mantener el estado mayor circunstante á su tienda; embajador encargado de llevar la corona del Imperio al infante D. Fernando de Castilla; diplomático encargado de tratar las paces con Francia; prenda personal, dada en rehenes por el rey español, mientras los tratados se ajustaban; tantos cargos, tantos honores, tantas embajadas, constreñíanle á gastos y dispendios en desproporcion grande hasta con su crecidísima fortuna. Y sin embargo, las gentes, que miran la historia

con superficialidad, atribuyen la revolucion de los Países Bajos al apuro de sus arruinados nobles y á la necesidad en que estaban de pagar sus deudas. ¡Siempre lo mismo, siempre imputando á los móviles mas bajos los resultados mas altos del movimiento universal! Hay gentes, que solo ven, allá en la conquista y cristianizacion de América, los interesados agujijones del sórdido lucro; gentes, que solo ven y observan en la revolucion religiosa de Alemania el deseo egoista en los príncipes de quedarse con los bienes del clero; gentes que solo atribuyen la revolucion francesa y sus portentosos resultados á mezquinas causas y á bajos intereses; cuando la historia vive y habla para decir y enseñar cómo las ideas, al fin y al cabo, resultan en las sociedades humanas cual las fuerzas en el Universo, y todo lo generan y todo lo transforman. No, no fueron solamente las deudas de los nobles flamencos y holandeses, la sordidez y avaricia de los príncipes alemanes, el aventurero egoismo de los descubridores españoles las causas determinantes de la revolucion religiosa en el Norte de Europa y de la República holandesa en el centro y de la indispensable aparicion de América en el seno de las aguas para dilatar el planeta segun y conforme se dilataba el espíritu: fueron causas mucho mas nobles, mas cercanas á Dios, y mas dignas del hombre. Pero continuemos historiando.

El príncipe de Orange, aunque criado en los campamentos como toda la nobleza y aristocracia de su tiempo, no tenia la mirada militar que Filiberto de Saboya, el empuje que su compañero Egmont, ni el valor que un duque de Alba. Mas bien dotado de la enérgica voluntad moral necesaria para las empresas espirituales que de la enérgica voluntad material necesaria para la guerra, no se le vió jamás desconcertado por el miedo, á pesar de la timidez que le atribuyó de antiguo el comun sentir de sus numerosos enemigos. Mas la obra de Guillermo era una obra de política y no de guerra. Las cualidades necesarias para la política tenías ya en supremo grado. Celeridad y resolucion en sus propósitos, alteza en sus miras, punto fijo de llegada en su marcha, conocimiento de la naturaleza humana en todas sus determinaciones, y la mezcla de flexibilidad y firmeza necesaria para conducir á buen puerto los altos negocios del Estado y los empeños difíciles de la política. Bien es verdad que la historia le ha conocido con el nombre de Taciturno y que debe

tal nombre no tanto al silencio con que ocultaba las cualidades altísimas de su alma, como á la reserva que se proponía en los negocios de Estado. Guillermo el Taciturno, siempre que lo exigian las circunstancias apremiantes, siempre que se lo aconsejaban los deberes imperiosos, escribía como un literato del Renacimiento y hablaba como un orador consumadísimo. El apellido de Taciturno débelo á una especial circunstancia, que por extremo le honra. Enviado á Francia en rehenes, mientras la paz entre Felipe II y Enrique II se ajustaba, convidóle un dia éste á cazar en el bosque de Vincennes. Dos caballeros de tanta monta como el rey y el príncipe iban juntos, y juntos se apartaron de la comitiva y se emboscaron por aquellas sombras. El rey de Francia le comunicó entonces la causa principal de la paz, es á saber, el convenio entre los dos soberanos para extirpar la herejía y acabar con los herejes en sus respectivos dominios. Naturalmente, creía Enrique II á Guillermo de Orange un buen católico y le confiaba con este secreto capital otros muchos particulares de su política, en la que iba incluido, como factor importantísimo, el proceder maduramente prevenido y pensado respecto á los Países Bajos. Guillermo escuchó aquellas confidencias régias sin pestañear, y tragólas y guardólas en su alma con el silencio de los sepulcros. Nunca las reveló á nadie, y le sirvieron siempre, sorprendidas por su reserva nativa ó en las indiscreciones de un gárrulo, para seguir la política mas conveniente á su propia libertad y á su querida patria.

Guillermo de Orange representaba muy bien el estado económico y social de la nobleza en los Países Bajos. Dueño de inmenso patrimonio, viudo de riquísima mujer; con hijos bien amayorazgados, con hijas bien dotadas; la desproporcion extrema entre las rentas de su casa y los gastos de su representacion, obligábanle á muchos empréstitos y le traian maltrecho en punto al gobierno interior de sus negocios domésticos. Bien es verdad que aquellos altísimos reyes y emperadores de la época no se daban punto de reposo en esto de malgastar dinero y emprestarlo de nuevo para volver á repartirlo. Todos, todos los grandes señores de aquel siglo estaban acribillados de deudas. Cárlos V no hacía mas que pedir dinero desde su retiro de Yuste á todo el mundo. La libertad concedida por los burócratas de Sevilla en cierta ocasion á las flotas venidas de América para particulares causóle mas de un

grave disgusto. Felipe II casi pedia limosna, como Maximiliano de Austria casi tenia que remendarse, á causa de su pobreza, él mismo sus gabanes. Y acostumbrábase por regla general en aquella sazón á dar á los nobles muchos honores y poco sueldo. Ya lo hemos dicho. La rivalidad con los comerciantes que ganan su fortuna en solo un día, llevaba el núcleo de la nobleza en los Países Bajos á una ruina cierta. Porfiaban todos en la construcción de magníficos palacios; y los construían enormes, no tanto para que sirviesen de hogar á sus familias, como para que sirvieran de teatro á sus orgías. La borrachera, vicio muy propio de los pueblos del Norte, hacia entre aquellos corrompidos nobles verdaderos estragos. «Cuando los alemanes no están borrachos, decía un escritor de la época, se creen enfermos.» Un príncipe de la Confederación germánica escribía entonces á Orange la siguiente carta sacada por Motley de los archivos de Bruselas: «He tenido á mi mesa príncipes y condes, los cuales han trincado mas que comido. El hermano del Rhingrave ha bebido tanta malvasía que se ha desplomado muerto al pié de la mesa. ¿Qué hacer? Lo hemos embalsamado y remitido á su familia.»

Los grandes señores imitaban á los reyes; y los gentiles-hombres de inferior categoría imitaban á los grandes señores de superior categoría. Extendíase la usura como una lepra sobre las tierras; y no levantadas las hipotecas, vendíanse las mejores propiedades en provecho de abogados y jueces. A tales apuros han atribuido varios historiadores las causas de aquel levantamiento. Todo contribuyó á ello. Podían ir llevados por su malestar los nobles, pero los pueblos iban llevados por esas ideas tempestuosas que suelen alterarlos y enardecerlos. La tentación grande, sentida en Alemania, debía sentirse á su vez en Holanda. Como el príncipe germánico suspiraba por la riqueza de los conventos, debía suspirar por la riqueza de los conventos el noble holandés. En varias ocasiones habían las familias ricas propuesto al rey, sin necesidad de la Revolución religiosa, que se convirtieran las abadías en feudos militares, y se diesen estos feudos con todos sus bienes á los caballeros para que apacentasen allí una caballería militar y noble capaz de volver por el derecho de la corona y por el suelo de la patria. Mucho mas útiles debían ser para la corona de Felipe II estos ejércitos dispuestos á dar su sangre que los ociosos ejércitos del claustro dispuestos solamente á cuidar su vientre. No neguemos

la influencia ejercida por los apuros de la nobleza. Pero tales causas, ya lo hemos dicho, son las causas ocasionales y segundas, no las causas universales y primeras. En esta renovación del Cristianismo pasaba lo que había pasado en su fundación y predicaciones primeras. El pueblo se acogía de suyo á la nueva fe. Y la prueba de que se acogía el pueblo á la nueva doctrina está en los edictos promulgados, edictos crueles, contra las creencias religiosas y los creyentes. Al subir Felipe II al trono había confirmado el rescripto de 1550, obra de su padre. La lectura, la copia, la venta, la impresión de las obras escritas por los grandes revolucionarios equivalían á verdaderos crímenes. Las asociaciones consagradas á comunicarse las nuevas ideas se consideraban como conciliábulos contra la seguridad del Estado. Y los que conspiraban contra la seguridad del Estado en aquel tiempo, aun arrepentidos, si hombres, eran pasados por las espadas, si mujeres, enterradas vivas. En cuanto á los relapsos y reincidentes, se les quemaba en las hogueras. La delación se premiaba como una virtud. A los jueces y magistrados se les exigía el castigo como un tributo. Era en realidad aquello la Inquisición y la Inquisición terrible. Pero, en vez de llamar inquisidores á los que la componían, se les llamaba jueces espirituales.

Cada seis meses debían estos edictos fijarse por decreto superior en las esquinas y sitios públicos, desde las ciudades hasta las aldeas. Al tiempo de su primera publicación la reina de Hungría, que gobernaba los Países Bajos por su hermano Carlos V, corrió personalmente á verle y á decirle todas las tristes consecuencias temibles de mantenerlos y aplicarlos. El Emperador, muy resuelto entonces al combate con los herejes, avínose tan solo á cambiar algunos nombres y á dulcificar el texto de la forma y nó la sustancia y naturaleza y rigor interno de las disposiciones. Felipe había renovado el edicto y hecho que se promulgase de nuevo y se pusiese con profusión extraordinaria en las esquinas. Su consejero, el obispo de Arras, insistía mucho en que se recordase cómo aquellas disposiciones provenían todas del Emperador y no del rey. Un asunto nuevo complicó entonces las dificultades y exacerbó los ánimos. El rey decidió aumentar el número de obispados y tener así frente á frente del pueblo propenso á la Reforma una grande nobleza eclesiástica propensa de suyo á la fe antigua y á la antigua Iglesia. Es verdad que había